

Ediciones
REVÓLVER



MARTÍN ANDRÉS HAIN

EL FIN DE LA ESPERA



EL FIN DE LA ESPERA

MARTÍN ANDRÉS HAIN



Martín Andrés Hain
El fin de la espera
(2016)

7 Narrativa

Diseño de portada: Clémence Kertudo
Diseño de interior: Editorial Revólver
Asesor editorial: Pablo Ferraioli
Booktrailer: Ariel Fernández Verba
Contacto: edicionesrevolver@gmail.com
www.edicionesrevolver.com

Los relatos de este ebook forman parte de *Tres caminos a la playa*, libro editado por Bajo la luna en el 2014.

© Martín Andrés Hain, 2014
© BAJOLALUNA, 2014
www.bajolaluna.com

EL FIN DE LA ESPERA

MI AMIGO LUIS

MI mujer se mira al espejo, indecisa entre las dos perchas que cuelgan de sus manos: de la derecha el vestido gris, de la izquierda el pantalón negro con la blusa bordó. Gira hacia un lado, después hacia el otro: algo no termina de convencerla. No va a una fiesta, ni a una reunión con gente importante, pero igual quiere estar acorde a la ocasión, cumplir con la rutina que se impone mes a mes.

Con esa facilidad que tienen las mujeres para hablar a contramano de lo que hacen con sus cuerpos, dice:

–Invitemos a alguien a cenar.

Tirado en la cama, hojeo una revista. Le digo que la casa no está para recibir gente, que demasiadas cosas necesitan arreglo. Le recuerdo la tapa del inodoro, rota desde el último verano, y la persiana del comedor, trabada, torcida a medio camino entre el día y la noche. Ella aguarda, paciente, a que se me acaben las excusas. Al final dice:

–Invitalo a Luis.

–No, Luis no es un tipo salidor. Además tuvo un año difícil.

Luis es técnico en calderas y acondicionamiento de aire, igual que yo, y en realidad sus problemas empezaron hace cinco años, cuando la multinacional para la que trabajó por más de dos décadas decidió expulsarlo en una de tantas reorganizaciones. Quiso la casualidad que

yo caminara frente al edificio de la empresa justo cuando él cargaba en el baúl del auto la caja con las cosas que no había tenido que dejar atrás: tarjetas, fotos, catálogos de producto. Aunque estaba gordo y canoso lo reconocí de inmediato. En la escuela habíamos sido grandes amigos, y alguna vez hasta habíamos trabajado juntos. Después, tal como sucede con muchos amigos, sin saber por qué dejamos de vernos.

Lo invité a tomar un café pero no quiso. Dijo que no era un buen momento, prometió llamarme cuando se sintiera mejor. Yo, por supuesto, no le creí.

El tiempo volvió a interponerse: pasaron cinco años, el último de los cuales, como le dije a mi mujer, fue el más difícil. Un día sonó el teléfono y era él. Después de aquel cruce en la vereda se había pasado un año entero, el primero de los cinco, sentado en el living de su casa.

Sacó fuerzas para salir del pozo. Según Luis, cumplido ese año de lamerse las heridas, la recuperación sucedió de la noche a la mañana: se puso de pie, buscó el teléfono, llamó a un ex-compañero de trabajo y entre los dos abrieron su propia empresa. Invirtió lo que quedaba de la indemnización en herramientas, montó un taller en la pieza al fondo del patio. El socio puso plata para conseguir la representación de un par de marcas extranjeras. Desempolvieron la agenda, empezaron a llamar a los antiguos contactos. Se presentaron en empresas y consorcios para ofrecer servicios de instalación y mantenimiento de equipos. Conseguían, de segunda

mano, repuestos para modelos anticuados. Todo a precios competitivos.

De a poco le tomaron la mano a eso de ser dueños. Los clientes los apreciaban y los recomendaban con otros clientes. Como un buen fuego, la cadena se alimentaba sola. Hace dos años el negocio empezó a dar ganancias: contrataron un empleado administrativo, y Luis me confió que piensan abrir un local a la calle. También me contó que con su mujer, pese a que son muy distintos, las cosas marchan más que bien. Ella es artista plástica, dirige talleres de arte para chicos. Los hace dibujar, pintar, recortar, y luego inventar una historia acerca de sus creaciones. Graba las historias que ellos cuentan, luego las transcribe, palabra por palabra, y cada fin de temporada arma una exposición para las familias, que se asombran y a veces hasta se asustan de los pequeños extraños que tienen por hijos.

Así que el problema de Luis no es el trabajo, ni tampoco el matrimonio.

Lo que pasa es que Luis, aunque todavía no cumplió cuarenta años, en algo menos de seis meses perdió a su madre y a su padre.

Siseo de tela que se desliza sobre piel. Blusa marrón, falda crema, pañuelo azul.

-¿Te parece bien?

-Me parece muy bien.

-¿No es demasiado subido? Ya sabés, por el lugar...

-No, mi amor, está bien.

-Tu amigo Luis, ¿es casado?

Ella sabe que Luis está casado pero se hace la distraída. A mi mujer le divierte enterarse de los secretos que cuentan las esposas de mis amigos, y que ellos se guardan de contar cuando nos reunimos sin ellas. Yo le expliqué hasta el cansancio que, entre hombres, la curiosidad sobre temas personales no es algo bien visto. Primero viene el trabajo, después las anécdotas sobre mujeres o deportes, por último el arte, la política, los viajes. Sobre esas tres bases se teje una telaraña de bromas cruzadas que nos mantiene sanos, de buen humor. Lo demás, lo estrictamente personal, apenas sirve para reafirmar la coraza exterior.

–Hay amigos de la vida y amigos del trabajo –acostumbro decirle–, cada cual en su lugar.

Yo me enteré de las dos muertes recién cuando Luis me llamó, así que no fui ni al velorio ni al cementerio. Cuando finalmente pudimos hablar, él dijo:

–Siempre pensé que papá iba a irse primero. Después de la quimio los doctores lo declararon sano, pero en el fondo vos sabés que el día menos pensado el cáncer vuelve para liquidar el pleito. En aquel tiempo mamá lo cuidaba igual que siempre, sin quejas ni preguntas, igual que cuando él, el ingeniero de trenes y puentes, saltaba de proyecto en proyecto, de país en país, y ella arriaba conmigo y con la mudanza a los lugares más remotos. Tanto lo siguió, tanto lo cuidó, que cuando ella tuvo el infarto, allá por enero, no le di mucha importancia. Los doctores me dijeron que estaba grave, que el corazón no iba a aguantarle mucho tiempo más, pero yo me enojé

y les dije que eran unos inútiles. No era posible que ella, el alma de la locomotora, estuviera a un paso de la muerte. Claro que la negación no sirvió para nada: se fue y no hubo tiempo para lutos, porque las defensas de él se vinieron abajo en una semana y ya no hubo nada que hacer.

Del baño llega el chistido del vaporizador, después el aroma del perfume, por último la voz de mi mujer:

–Estoy lista, ¿y vos?

Yo sigo en pijama, empantanado en la cuarta línea horizontal de un crucigrama.

–Me visto en un momento, mi amor, no tardo...

Luis es hijo único, lo mismo que yo, y ahí terminan nuestras semejanzas. Yo soy medio flojo. Luis es resistente como el yuyo, un tipo capaz de arreglarse solo. Garra y sentido común, esas son sus armas. Pero cuando empecé a conocerlo mejor entendí que podía ser bastante frágil: por fuera Luis parecía de piedra, pero el sol lo había cuarteado, las noches lo habían congelado, la lluvia había tallado en él grietas que llegaban a lo más hondo. No es cualquier historia la de Luis, el chico que a los once años tenía un solo héroe: su papá, el semidiós que podía tumbar montañas y desviar ríos. Algún día Luis iba a seguir sus pasos. Para ser ingeniero, le dijo el padre, vas a tener que estudiar mucho, y en los campamentos no hay buenas escuelas. Quiero aprender, dijo Luis, no importa lo que cueste. Al año siguiente, el padre lo anotó en la mejor escuela técnica de Buenos Aires. Le dijo: Luis, estoy orgulloso de vos, me hiciste muy feliz.

Lo dejaron con unos tíos y le mandaban plata desde el extranjero. Fue una adolescencia difícil, en soledad. Nunca se llevó bien con los primos. Extrañaba a su madre. Ella también lo extrañaba, pero era una mujer criada en el deber de estar siempre junto al marido. Dice Luis que la imagen que tenía de ella era la de una mujer alta, cariñosa, de gran fuerza física. Dice que acostumbraba llevar el cabello atado en una sola trenza y que le gustaban las flores, en especial los claveles rojos.

En los estudios Luis resultó ser un alumno promedio. La visión del futuro heroico no tardó en desdibujarse, y cuando llegamos al final del secundario Luis ya no pensaba inscribirse en Ingeniería. Por suerte, allí donde le faltaba intuición matemática había encontrado la paciencia del artesano, el placer minucioso del mecánico. Ya no tenía héroes, se había vuelto un tipo huraño. Le comunicó al padre la decisión de ponerse a trabajar y durante un tiempo dejaron de hablarse. La madre le escribía, medio a escondidas, y gracias a ella al final hicieron las paces.

Para mí los padres de Luis siempre fueron desconocidos, actores de reparto de una novela en episodios, y tuvo que pasar mucho tiempo hasta que los encontré cara a cara, establecidos en la ciudad, con el papá de Luis ya retirado. Nunca tuve de ellos esa imagen que guardamos de los padres de otros amigos, recuerdos de cumpleaños, partidos de fútbol y vacaciones.

Era como si Luis, a mis ojos, siempre hubiese sido huérfano. Desde que lo conozco tiene la mirada melancólica, es común que se pierda en la distancia. Es

por eso que entiendo bien la reacción que tuvo cuando lo despidieron. A veces el dolor nos obliga a tomar caminos extraños. De lo que no cabe duda es que siempre fue un luchador. Nunca dice hasta acá llegué, basta, no puedo más. Siempre le busca la vuelta a la dificultad. Un tipo creativo, de esos con el valor de probar soluciones ridículas, o aún peligrosas.

–Y cuando mamá se fue –dijo Luis, aquella vez, al teléfono–, pese al enojo y a todo lo demás, yo supe que papá la iba a seguir muy pronto. Admito que fue un consuelo lo rápido que resultó todo, porque el pobre sufría. La última semana fue la peor: habían crecido tumores por todos lados, uno de esos árboles que primero te rompen la vereda y luego se meten en tu casa, levantan los pisos y rajan las paredes.

Dice mi mujer:

–Qué lindo está el día –para que yo levante la cabeza del crucigrama.

Al día siguiente de nuestra conversación fui a visitar a Luis a su taller. Preparamos mate cocido y nos pusimos a trabajar en una caldera que habían traído de un natatorio. Un armatoste que ocupaba la mitad de la piecita y habían tenido que cargar entre cuatro para meterlo por la ventana. El dueño decía que el piloto apenas encendía, que el gas no llegaba a los quemadores. Los filtros estaban cubiertos por una masa de pelusa negra, densa y uniforme. Un campo de algas malignas. Los limpiamos, pero eso no era todo. Cuando encendimos el piloto la llama temblaba, torcida, y volvía a apagarse.

Luis chasqueó la lengua.

–Esto ya lo vi una vez –dijo y se puso a desarmar el piloto. Separó los tubos finos que alimentaban el diafragma, los ordenó sobre un paño y después, uno por uno, se los llevó a los labios y sopló por un extremo, como si se tratara de pequeñas flautas, hasta que encontró uno que no dejaba pasar el aire.

–Mirá –dijo. Metió un alambre por el agujero y empezó a retirar hilos blancos, pegajosos. Parecía lana de vidrio, pero en realidad era tela de araña.

–Una vez me pasó lo mismo con una caldera de exteriores. La araña se había metido ahí, quién sabe cómo y para qué. Capaz que cuando entró había un calorcito residual y le gustó. Aunque me imagino que cuando se encendían los quemadores el nido debía ponerse muy caliente. Cuando desarmé la carcasa salió caminando lo más tranquila.

Esta vez no había araña. Sólo quedaban los restos de la tela.

Mi esposa apaga la luz del baño y me mira desde la entrada de la habitación. Es una mujer muy tranquila, muy paciente. No puedo imaginar la vida sin ella, la quiero con el alma, y sé que ella me quiere de la misma manera. Le pregunto:

–Decime, ¿quiénes son más importantes, los padres o los amigos?

Apoya la cartera en la cómoda, se recuesta contra la pared. No quiere mirarme. Al fin le responde a la ventana:

–Somos argentinos, mi amor: los amigos son más importantes que los padres.

Cierro la revista. No esperaba esa respuesta, pero ella siempre logra sorprenderme. Se acerca y se sienta en el borde de la cama. Le tomo una mano, la siento temblar. Ella dice que a los argentinos nos bajaron línea desde el Martín Fierro:

–Cruz, el gendarme de la frontera, lo abandona todo por Fierro, un desertor y un asesino, buscado por la justicia. Le da la espalda a la ley, dice que no va a consentir el delito de que se mate a un valiente. Antes que eso, prefiere dejar viuda a su mujer y huérfano a su hijo. Ahora, por favor, dejate de embromar, vestite y lo invitás a cenar a Luis.

–Luis prefiere estar solo. Hay que entenderlo. Ya va a animarse a salir.

Ella suspira, se alisa la blusa, se pone de pie.

–Supongo que hoy tampoco vas a venir conmigo, ¿verdad?

Vuelvo a abrir la revista, al azar, y encuentro un artículo sobre turismo boutique en el Amazonas.

Ayudé a Luis a armar el piloto de la caldera y entonces sí, libre de obstrucciones, la llama surgió firme y azul, y cuando Luis abrió el gas los calentadores encendieron sin problema.

–Otros padres –dijo Luis– llevan a los hijos a la playa, los ayudan a construir castillos de arena. El mío me hizo detonar una carga de dinamita para volar media montaña en pedazos, y al poco tiempo hizo algo parecido con nuestra familia. Eso es lo que recuerdo de él.

Agregó que sentía lástima por su madre, y también cierta frialdad.

–No es que mis tíos me maltrataran –dijo Luis–, eran buena gente. Sólo que yo, para ellos, era invisible. Nada de lo que yo hiciera era importante. Era un inquilino.

Yo creo que hay muchas cosas que Luis no me cuenta. Hubo indiferencia, sí, pero algo más tuvo que pasarle en aquella casa mientras el recuerdo de la infancia se desvanecía. Recuerdo que venía a la escuela con la ropa sucia, gastada. Nadie lo cuidaba. Era un exiliado involuntario de ese trío que había conocido la aventura y la felicidad, un niño traicionado al que habían dejado atrás para que empezara a seguir, por cuenta propia, los pasos del padre.

En el taller, después de montar la caldera, se hizo un largo silencio. Ya no tenía sentido continuar la conversación sobre las arañas que se esconden en los quemadores, y yo necesitaba decir algo sobre los padres de Luis. Le pedí que me contara algún episodio alegre, alguna memoria que tuviese de los tres juntos. Pensó un largo rato, y al final me contó una anécdota divertida, tan fuera de lugar dentro de la imagen que yo me había hecho de su familia que, de cierta manera, me ayudó a entender lo mucho que había querido a sus padres, lo mucho que había sufrido la separación:

–Yo tendría siete, ocho años. Estábamos acá, en Buenos Aires, justo antes de mudarnos a La Paz. Recuerdo que una tarde papá llegó a casa muy contento, creo que traía una buena noticia. Quién sabe, tal vez era la confirmación de

que le habían asignado el proyecto en Bolivia. Entonces nos contó, a mamá y a mí, que había escuchado algo en la radio del auto: un comentarista que hablaba sobre las endorfinas, que eran algo nuevo en esa época, y sobre lo bueno que era el ejercicio físico para liberarlas, para sentirse mejor. No hacía falta que el ejercicio fuese un deporte, alcanzaba con correr, bailar, saltar, acompañarse con música. Imaginate eso en Buenos Aires, a mediados de los setenta. A papá le divertía la ocurrencia, y mamá lo miraba como si fuera una especie de profeta, un iluminado. Cuando él terminó de hablar, ella dijo: “Dale, probemos”, y se puso a empujar los sillones y los muebles del living para dejar libre de obstáculos una franja de unos ocho metros de alfombra. Papá movió el aparador, yo quité del medio las sillas, una lámpara de pie. Después encendió el combinado de música. Mirá vos, hasta del disco me acuerdo: un álbum con canciones del Festival de San Remo, sería del año '74, o del '75. Puso el volumen al máximo. Nos quitamos los zapatos y empezamos a correr por ese pasillo delgado, con los muebles amontonados contra las paredes. Era un departamento de tres ambientes, cómodo pero sin lujos. Tomabas velocidad afuera de la cocina y enseguida tenías que frenar, si no te ibas de cabeza contra los vidrios del balcón. Creo que más de una vez me patiné. La imagen de mamá y papá no me la olvido más, los dos hechos unos locos, él con un pantalón de gabardina y la camisa blanca afuera del cinturón, ella en una falda tableada que le llegaba hasta las rodillas. Papá a los alaridos, sin ritmo ni letra, todo sobre un fondo a puro Nicola di Bari

y Doménico Modugno. Habremos estado en eso, no sé, una hora, a mí me pareció un tiempo muy largo, hasta que los tres quedamos transpirados de pies a cabeza y con la cara roja por el esfuerzo. Cada tanto nos cruzábamos en el medio del pasillo y nos abrazábamos. Entonces sonó el timbre: era un vecino que estaba por llamar a la policía pero al final juntó coraje y decidió averiguar. Nos confesó que al principio creía que estábamos drogados, pero que después de todo no eran tiempos para llamar a la policía por cualquier cosa. Eso dijo el hombre, en tono de disculpa, y miraba por el hueco de la puerta, sorprendido por el desorden. Así que papá se disculpó y bajó el volumen de la música, los muebles volvieron a su lugar, y mamá empezó a preparar la comida. Esa noche cenamos muy tarde. Nunca más hicimos algo parecido.

Pensar que al principio, cuando nos conocimos, Luis me caía mal. Estábamos en el último año de la escuela técnica, y en clase había una sola chica, por cierto bastante linda. Todos le andaban atrás y ella no le prestaba atención a nadie, pero nos habíamos hecho bastante amigos. Ella me contaba cosas, yo le contaba cosas. Hablábamos mucho. Yo le daba demasiadas vueltas al asunto, no me animaba, y entonces apareció Luis, tan seguro de sí mismo, a enseñarme cómo era tirarse un lance de verdad. Lo gracioso fue que él tampoco logró demasiado con aquella chica, y cuando terminó la escuela no la vimos nunca más, pero a esa altura nosotros dos éramos inseparables: íbamos juntos a la cancha, a fiestas y de vacaciones.

Como decía antes, allí estábamos, sentados en el taller que Luis se construyó en el fondo del patio, casi sin hablar.

Llegué y le di un abrazo, no hacía falta decir nada, y al rato conversábamos de cualquier cosa, sin mirarnos y con las manos ocupadas, aunque yo me esforzaba por no tomarme la situación a la ligera. No intentaba distraerlo, me hubiese parecido una falta de respeto: solo quería acompañarlo, ayudarlo a continuar.

La mujer de Luis, la artista, nos trajo mate y bizcochos.

–Bueno –dice mi mujer–, me voy. Pero la próxima vez vas a venir, ¿me prometés?

Le digo que sí. Me pregunta qué voy a hacer, si pienso seguir tirado en la cama.

–Tengo que arreglar algunas cosas, me voy al fondo.

–¿Querés que ponga a calentar la pava? –la voz se aleja por el pasillo. Ella sabe que no voy a permitir que el agua hierva, que al final voy a tener que levantarme. Oigo pasos en la cocina, puertas de armarios que se abren y se cierran, una lluvia de galletitas sobre un plato de loza. La paciencia de una mujer, la insistencia de una mujer. Veo el papel sobre la cómoda, los números escritos en tinta azul, pienso que se olvidó de guardarlo y no va a llegar adonde va cada mes, a solas con su rosario. Agarro el papel y atravieso la cocina, miro por la ventana del estudio y pienso que ella dijo la verdad, es un día hermoso, las azaleas y los claveles del patio se estiran hacia la luz, así que corro entre los caballetes, sigo el rastro de perfume en el aire que huele a colores y aguarrás, la encuentro en el zaguán y ella sonrío cuando me ve, contenta porque hoy me animé hasta la vereda misma.

DE LA FELICIDAD QUE TRAE CONSIGO

La puerta se abrió con un chasquido. Branca guardó las ganzúas en la funda de cuero, le dijo al hermano con algo de cariño, con cierto desdén:

—¿Y ahora qué vas a decirme, Julito? Todavía tengo manos de terciopelo.

Julio le hizo señas para que se callara porque alguien podía escucharlos, pero Branca entró sin ceremonias en la oscuridad del departamento. Julio lo siguió y cerró la puerta. Apuntó la linterna a la cerradura, luego al piso de roble: ni marcas ni polvillo. Junto a la puerta había un paraguero y también un *dressoir*, que según Branca era presagio de elegancia. Encima del *dressoir* había un florero con rosas frescas junto al retrato enmarcado de una joven pareja de novios. Julio aspiró el perfume de las rosas, y después miró a los recién casados, se preguntó qué pensarían en el momento de posar frente a la cámara. Intentó copiar las sonrisas, y al hacerlo sintió que su propia sonrisa despertaba, empujaba labios y comisuras arriba y afuera.

Branca espiaba por un hueco entre las cortinas que los dueños habían dejado cerradas: los balcones al otro lado de la calle y a ambos costados estaban envueltos en penumbra. Satisfecho, dejó las cortinas tal como las había encontrado. Mientras se acomodaba la vincha con

la lámpara de minero que le había prestado el tío Ricardo, llamó a Julio.

–Vení, acercate, tocá la cortina, sentí la tela, pasá el dedo por el pespunte del otro lado. Prolijo, ¿no?, cada punto igual al que le sigue, sin nudos, terminación de primera: una belleza.

Julio se quitó un guante para acariciar la tela. Branca tenía razón, era imposible no entusiasmarse. Volvió a calzarse el guante, le dio un vistazo al reloj: la una en punto.

Empezaron a recorrer la casa. No había tiempo que perder.

Cuando Romina abrió la puerta el sol de la tarde daba de lleno en el balcón. Un aura incandescente rodeaba los bordes de las cortinas. Lucas, aliviado de bolsos y mochilas, dijo:

–Casita.

A Romina le gustaba ese tono de voz, le daba cosquillas en la panza, la hacía recordar que lo primero que había conocido de él era la voz de barítono profundo, y que cuando él había pasado a buscarla por su departamento de soltera, aquella primera vez, en realidad no le había parecido tan lindo, pero con esa voz ya no importaba, y al poco tiempo moría por él.

Rascándose el ombligo, medio dormida después de la siesta en el auto, dijo:

–Es lindo volver, ¿no?

–Claro que sí –la voz de Lucas llegaba desde el dormitorio.

No se cansa nunca, pensó Romina: ya empezó a deshacer el bolso, con la paciencia y el buen humor de siempre, y eso que viene de manejar cinco horas seguidas, esquivando autos y camiones.

–Seguro que hay que regar las plantas –de nuevo, de lejos, la voz de Lucas.

–Sí –dijo Romina–, y hay que cambiar las rosas, se echaron a perder.

–¿Qué rosas? ¿Quién anda por ahí regalándote flores?

Romina sintió que la sonrisa le estiraba la piel de la cara, una sonrisa tan grande como su panza. Tenía los dientes muy blancos, los labios rojos y gruesos. Despacio, las manos entrelazadas por debajo del vientre, caminó hacia la que iba a ser la habitación de su primer hijo. Romina deseó, una vez más, que el nene naciera con los ojos verdes del padre. Y que cuando fuera grande tuviera la misma voz.

Branca encontró a Julio sentado en la cama del dormitorio principal. Los dos llevaban puestos los barbijos que les había prestado un primo veterinario.

–Está bien aquí, este es un buen lugar –dijo Julio, las vocales pastosas, ahogadas–, pero sacate los zapatos que la manta es de lino crudo.

Branca dio la vuelta a la cama y se sentó del otro lado. Los mocasines golpearon el piso. Después de acostarse, al estirar los brazos y girar para oler la manta, pensó que Julio tenía razón, que era lino mezclado con alguna otra cosa. Levantó el barbijo para dejar al descubierto las

fosas nasales. Julio advirtió el gesto concentrado de su hermano, el sorbo glotón que intentaba captar la esencia oculta. Enseguida, satisfecho, Branca volvió a acomodar la tela sobre la nariz y la boca.

–Te acostaste en el lado de la mujer –dijo Julio, y largó una risita.

A Branca también le dio risa. Le pesaba la vincha con la linterna, así que se la sacó y la apoyó sobre el vientre voluminoso. La mancha de luz subía y bajaba por la pared, faro costero que hurgaba entre la bruma.

–¿Esta cama es una *king size*? –preguntó Branca, y Julio dijo que no estaba seguro, pero que nunca antes se había acostado en una cama tan grande.

Se quedaron un rato en silencio, y luego Branca dijo:

–¿Te conté de Víctor?

Julio no dijo nada, tenía la mirada perdida en algún punto del techo. Apagó la linterna y los dos se quedaron a oscuras, hasta que la respiración profunda, acompasada, fue la de un único, adormecido animal. Pasaron varios minutos y al final Branca dijo:

–Julio, esto te va a interesar. Te acordás que Víctor y la mujer no podían tener hijos, ¿verdad? Bueno, resulta que ella está embarazada de tres meses.

Julio giró la cabeza hacia su hermano.

–¿Tres meses? El otro día estuve con él y no me dijo nada.

Parecía decepcionado. Branca se apuró a explicar:

–Es que los primeros meses son difíciles, la gente prefiere guardarse la noticia y esperar. Levantate, vamos, ayudame a acomodar la colcha, aquí ya terminamos.

Romina puso a calentar el agua. Del viaje habían sobrado bizcochos, a Lucas le gustaba untarlos con mermelada de ciruela. El aire viciado de la cocina le trajo a la memoria el recuerdo de cuando era una nena y regresaba de vacaciones, con sus hermanos y sus padres, allá lejos cuando la gente todavía podía tomarse un mes entero, y apenas cruzaba la puerta su madre empezaba a quejarse del olor a encierro y a humedad, a decir que se ahogaba, a abrir todas las ventanas, y mientras tanto boqueaba y se apantallaba con las manos hasta que la corriente limpiaba el aire viejo. Romina y sus hermanos se reían de tanto aspaviento, pero ahora fue nomás acordarse y los ojos se le llenaron de lágrimas. Justo entonces Lucas entró a la cocina.

–¿Qué pasa, mi amor?

El recuerdo feliz había dejado lugar a otro: la visión de la madre en el baño, sentada en el inodoro, la puerta abierta y la luz apagada. Una imagen que no tenía nada que ver con el retorno de las vacaciones sino con los últimos años de su vida, cuando los hijos y el marido habían dejado el hogar y ella vivía sola, encerrada en el silencio.

–Me acordé de mamá –Romina apagó el fuego y cerró la llave del gas–, de repente me di cuenta de que nunca va a conocer al nieto.

Lucas se acercó para abrazarla. Romina dijo que no era justo y el pensamiento los sorprendió a los dos, pero más aún a ella, porque era de quejarse poco.

–Julio, ¿qué te parece si nos tomamos un tecito?

A Branca le encantaba sorprenderlo con esas salidas. La semana anterior, por ejemplo, había encontrado, en una cómoda, unas medias azules y amarillas. Julio lo vio aparecer en el comedor diario, sin zapatos y con las medias puestas, brillante en la oscuridad, y su enojo fue mayúsculo, sin importar las veces que el hermano juró haberse bañado. Es que nunca tuvo medias de Boca, fue la disculpa de Branca. Después de caminar un buen rato por aquella casa, de subir y bajar escaleras, de deslizarse por el parqué y esquivar muebles como si fueran jugadores contrarios, se las había quitado, les había limpiado la pelusa y las había vuelto a guardar en su cajón, prolijamente dobladas.

También ahora Julio estuvo por decirle que no, pero al entrar en la cocina cambió de idea. Sí, pensó, me gusta, este también es un buen lugar. Tocó el borde curvado de la mesa, el respaldo acolchado de una silla. Apoyó la cabeza contra la heladera, sintió el temblor monocorde de abejas que trabajaban dormidas. Abrió la puerta, acercó la cabeza al sector donde convivían tomates, lechugas y puerros. Después olió los lácteos, estacionados en un rincón. La boca se le llenó de saliva. Leyó las fechas de vencimiento en las etiquetas: todos los alimentos estaban frescos. Pensó: aquí vive gente ordenada. En eso comenzó a sonar un bip discreto, un chistido más que una alarma, pero igual se asustó y cerró de un portazo.

–¿Qué pasa? –susurró Branca. Julio acarició la mesada de mármol, limpia y fresca, vio que la cocina no tenía

ventanas y encendió la luz. El brillo de las dicroicas parecía robado de un quirófano, tuvieron que limpiarse las lágrimas. Branca hizo visera con las manos, recorrió el espacio con la mirada hasta encontrar el anafe moderno, de acero anodizado y chisperos eléctricos. A Julio no lo sorprendió ver que Branca rescataba dos saquitos de *Earl Grey* del bolsillo del pantalón y lo miraba de reojo, a la espera del reproche.

–También traje dos tacitas de plástico, sobrecitos de azúcar... así no ensuciamos.

–Ya lo tenías pensado.

–Sí, es que a esta hora me da una acidez...

Puso la pava bajo el grifo, la llenó apenas con el agua necesaria. Cayeron un par de gotas sobre la mesada. De otro bolsillo extrajo una bolsa de polietileno. Dentro de la bolsa flotaba un trapo rejilla.

La tristeza de Romina deambulaba por ambientes y pasillos. Lucas pensó que hacía tiempo que no la veía así de triste pensando en la mamá. Tal vez era hora de visitar el cementerio, dejar flores en la tumba. Necesitaba apartarla de esa melancolía.

–Romi, vení a la pieza del nene, tuve una idea...

Oyó los pasos que se acercaban, las ojotas que siseaban en vez de aplaudir. Lucas estuvo a punto de decirle que levantara los pies, que así podía tropezar, o rayar el parqué lustrado, pero al ver entrar a esos ojos llorosos calló, avergonzado. Qué horrible, pensó, casi le digo lo que mi vieja me decía siempre a mí.

–Ahora que la pintura está bien seca, pensaba que podríamos poner una guarda alrededor, más o menos a esta altura. Algo con aviones, o trenes, quizá, ¿te parece?, y animales que los pilotean...

Estiró la mano para acariciarle la panza. Romina lo rechazó.

–Me molesta un poco, ¿sabés? No deja de moverse, debe ser por el viaje en auto.

Lucas sintió un escalofrío.

–Perdón, pensé que te gustaba.

–Hoy no. Es que estoy cansada.

–¿Querés acostarte un rato?

Sin responder, Romina dio media vuelta y se alejó. Lucas se quedó solo en la habitación que aún olía a pintura. Le pareció detectar un rastro de humedad en el aire. Buscó en el piso y en el techo, pero no encontró manchas. Él también empezaba a deprimirse. El fin de semana en la playa parecía un recuerdo distante, mientras que la tarde de domingo se desplomaba sobre los dos sin aviso ni piedad.

–¿Qué habrá en esta habitación? Está casi vacía.

La voz de Julio venía de algún lugar a la izquierda. Branca iluminó el pasillo y llegó a la puerta. El olor a pintura era fuerte. Miró a Julio y se rio:

–Julio, ¿me estás embromando? Esta pieza es para un nene. Los dueños estarán embarazados. Mirá, todo celeste clarito...

–Es cierto, olé, sentí ese aroma: nada de esas porquerías al agua, esto es auténtico satinol.

Julio se sentó en el piso de madera. Branca lo vio sonreír. Pobre Julio, hacía tanto tiempo que Mirta y él buscaban, pero alguna gente no tiene suerte, pensó, no hay nada que hacerle. Lo importante era no perder la esperanza. En una esquina había un aparador viejo, alto, con espejos en las puertas.

–Julio, mirá que maravilla esa antigüedad.

Julio no dijo nada. Había cruzado las piernas, ahora tenía los codos apoyados en las rodillas y la cabeza inclinada sobre las manos. Ya no sonreía. A la luz de la linterna, Branca vio gotas redondas que caían sobre el parqué. Estuvo por retarlo pero se contuvo. Pobre Julio. Lo dejó seguir un buen rato, y recién al final, cuando ya se había formado un pequeño charco, el mismo Julio volvió a sacar del bolsillo el trapo que había usado en la cocina. Branca, que se hacía el distraído para no mirarlo, descubrió la fila de peluches asomándose del techo del aparador. Se estiró para agarrar un oso marrón, lo sentó frente a su hermano. Impostó la voz, le movió la cabeza y los brazos.

–Hola, yo soy el señor Oso...

La risa de Julio era sincera. Qué bueno, pensó Branca, todavía puedo hacerlo divertir. Julio eligió un perro y al rato había una fiesta de peluches que bailaban, se perseguían y hasta peleaban, aunque al final siempre volvían a amigarse. Cuando llegó el momento de ordenar hubo un momento de tensión, porque Julio insistía en que varios animales estaban mal ubicados en la fila, pero

Branca no se dejó llevar por la ansiedad: dueño de una memoria prodigiosa, en esas cuestiones la última palabra la tenía él.

Lucas entró despacio en la habitación, se sentó en la cama junto a su mujer, la cara escondida bajo el pelo desordenado. Sintió el impulso de acariciar las mechas transpiradas pero se contuvo.

Qué fácil, pensó Lucas, pasar de la felicidad a la amargura. Como si la alegría fuera una nube que viene y va, un aire que se respira y que cuando se exhala se convierte en otra cosa, gastada y maloliente. O tal vez el problema sea que nuestra felicidad se pega a las cosas que vemos y tocamos, no es felicidad que llevamos adentro, parte de la sangre, de los huesos.

Con mucho cuidado, alargó una mano hasta la panza de Romina. No la tocó, pero dejó que la palma flotara sobre la piel expuesta para sentir el calor que emanaba del interior, allí donde el bebé crecía minuto a minuto. Aquí estoy, bebé, pensó Lucas, dame alguna señal, aunque sea una patadita nomás. La mano flotó sobre el ombligo de Romina. Lucas sintió que la palma se le humedecía, pero el bebé estaba quieto, seguro aprovechaba para dormir junto a la mamá.

Que sueñe sus propios sueños, deseó Lucas mientras retiraba la mano.

Se puso de pie. Pensó en la oficina, cerrada todo el fin de semana, y la imagen lo perturbó. Ojalá que alguien haya tenido que trabajar, aunque fuera sólo por algunas horas.

Alguien de limpieza o de mantenimiento. Si mañana me tocara ser el primero en abrir la puerta, después de estos días de oscuridad, de vacío absoluto, no podría hacerlo, sería demasiado pedir.

Un año antes había dejado de fumar. Se mordió las uñas, miró hacia el balcón. En las macetas había tantas hojas verdes como marrones.

Julio quiso recorrer el departamento una vez más. Branca esperaba en la puerta, sabía que su hermano era muy detallista pero que en el fondo tenía razón. Una vez, durante esa última vuelta, había encontrado un pelo de Branca. Otra, una cuchara sucia, fuera del cajón de los cubiertos.

–Listo –dijo Julio desde la cocina. Al momento ya estaba junto a su hermano, la linterna apagada, la voz distinta: voz de persona joven, ambiciosa, con proyectos. Puso el ojo en la mirilla de la puerta.

Nada.

Salieron al palier, impecables en sus trajes oscuros, gente bien que venía de visita, un par de amigos que salían a dar una vuelta. Las manos vacías eran la clave para no despertar sospechas. Branca volvió a usar las ganzúas para dejar la puerta tal cual la había encontrado.

Llegó el ascensor. Julio marcó la planta baja. Branca le palmeó el hombro.

–Te veo contento, Julito.

–Gracias, Branca, necesitaba esto. Qué lindo lugar, ¿verdad? Gente linda, gente sana. Adentro había un aire,

no sé, como de sierras. Nada que ver con aquella casa en Haedo, ¿te acordás?

–Sí, la del psicólogo. Te juro que nunca más vamos a lo de un psicólogo.

–¿Te acordás que me quedé todo el tiempo encerrado en el baño? A la media hora estábamos afuera, un fiasco. Pero esta fue un golazo, gracias, te lo digo de corazón. ¿Podremos volver, algún día, cuando el nene ya esté crecido? Van a tener fotos de él por todas partes.

Branca levantó el pulgar, guiñó un ojo.

–Seguro que sí, hermanito, pero es mejor que dejemos pasar un tiempo. Vas a ver, para la semana que viene encontré una joyita, muy cerca del barrio, no te imaginás lo buena que está.

BOLSILLOS

El taller estaba a oscuras salvo por la lámpara en la mesa de trabajo. El padre, que no hablaba desde el desayuno, apagó la radio justo cuando iba a empezar el programa favorito de los dos. En silencio uno se amarga mejor, pensó Lito, acostumbrado a convivir en la irritación permanente, pero no dijo nada. Lo único que quería era terminar las cuentas, revisar el cuaderno con los pedidos, verificar las facturas. No entendía cómo habían pagado el último embarque de tela, así que hizo la pregunta y se dispuso a esperar.

La respuesta llegó después de varios minutos:

–Tu mamá se arreglaba sola.

La madre llevaba muerta cinco años.

–Lo que te pido es un poco de orden, papá.

–Tuviste tiempo de ponerte al corriente. Beto se daría maña en un momento...

Desde chico sabía mantener la calma, incluso cuando llovían las comparaciones con el hermano. Resbalaba por discusiones y conflictos con paciencia jabonosa.

–Sólo te pido que pienses dónde pusiste el recibo y la factura, si pagaste en efectivo o con un cheque. Nada más.

El viejo empezó a revolver los papeles sobre la mesa.

–¿Qué buscás, papá?

–Los anteojos.

–Atrás, en el estante.

–¿Qué?

–En el estante, atrás tuyo.

Dio media vuelta y se los colgó del cuello. Estiró los brazos, caminó hacia la cocina.

–¿Adónde vas?

–Al baño. ¿Puedo ir al baño?

Un instante después retrocedía sobre sus pasos, enfilaba al pasillo del fondo. Lito notó la furia por la confusión, le pareció que le tiritaban los labios.

–¿Tomaste la pastilla, papá?

Vio la luz que iluminaba la pared, escuchó la puerta que se cerraba. Por fin encontró una factura adentro de un sobre, junto con el talón de un cheque. Guardó cada cosa en la carpeta correspondiente, rompió el sobre en cuatro pedazos y los tiró al cesto. Escuchó el agua del inodoro, los pasos que se acercaban. El padre caminó alrededor de la mesa, los dedos de la mano izquierda acompañando el borde, y se desplomó sobre el taburete. Apoyó los lentes sobre una carpeta, se hundió ambos índices en los ojos, dijo:

–Llamalo a tu hermano.

–Beto está en Mar del Plata.

–Quiero hablar con él...

Lito le alcanzó el teléfono. Ya había marcado el número.

–Pedile de mi parte, ya que no aparece nunca por acá, que te lleve unos días a la playa, así me dejás un poco de joder y puedo arreglar este quilombo.

Pero el padre no lo oía. Lo que Beto contaba, lo repetía para provecho de Lito.

–...están en Playa Grande, se despertaron tarde y llegaron al mediodía...

–...alquilaron una carpa por todo el mes, les hicieron precio...

–...esta mañana temprano preparó sándwiches de milanesa y le salieron muy bien, aunque los que hacía mamá eran insuperables...

–...los chicos no se meten al mar porque hay invasión de aguavivas. Dice que pueden verse flotando en las olas. Los chicos se la pasan jugando a la pelota, levantan castillos.

Lito asentía en silencio mientras abrochaba papeles y los metía en folios. Después de leer cada recibo giraba en su silla y contaba rollos de tela o verificaba cuáles cortinas estaban listas para instalar, dentro de bolsas de plástico.

–Mandale un beso, papá.

–Dice que te manda un beso. Y sí, siempre fue medio maricón...

Podía verlo a Beto saltando en puntas de pie por el sendero de maderas calientes, cubriendo el parlante con la mano para protegerlo de la arena, la sonrisa y la mano libre saludando a los vecinos de otras carpas. El padre alargaba la charla con los recuerdos que le venían a la mente. Empezaba en Mar del Plata, seguía en Gesell y terminaba en cualquier parte. ¿Te acordás, Beto, cuando jugábamos a la paleta? ¿Te acordás del vendedor de panchos? ¿Y el campeonato de truco aquél, cuando perdimos la final?

Después se hizo un silencio. Cada tanto respondía en monosílabos. Cuando Beto hablaba, el padre escuchaba. Al fin le devolvió el teléfono a Lito. Parecía contento.

–Qué bien que la están pasando.

Lito fue a la cocina, abrió la cafetera, cambió el filtro y agregó dos medidas de café. Enjuagó la jarra, la llenó hasta la mitad con agua de la canilla. El olor lo despertó un poco pero también le dio asco, estaba a café y galletitas desde la mañana. Miró el reloj: las seis de la tarde. Puso agua en la pava, encendió una hornalla.

Desde el taller, la voz del padre seguía con los elogios.

–Quince años en la misma empresa. Se nota que lo cuidan. Y cómo no van a cuidarlo, un tipo serio, con estudios...

No como vos, Lito completó mentalmente la frase. El padre oyó el burbujeo de la cafetera.

–¿Me servís uno, Pablito?

Echó agua caliente en un pocillo, agregó una cucharada de descafeinado y revolvió hasta disolver el último grumo. Para él se sirvió de la cafetera. Enfiló hacia el corredor que llevaba al garaje convertido en taller. El padre hizo un puchero al ver lo que apoyaba frente a sus ojos.

–Tan chico...

–Y con edulcorante. A quejarse con el médico. ¿Tomaste la pastilla?

–Dejame de embromar con la pastilla...

Taza en mano, Lito caminó hasta el portón del garaje y buscó a tientas el botón verde. Sintió el aire fresco que lo acariciaba, prendió un cigarrillo. A sus espaldas, la tos

vieja, la garganta que se aclaraba. La risa corta, como si lo hubieran pescado en una travesura.

–Beto me pidió que no te vuelva loco.

–Un poco tarde para eso.

Oscurecía rápido, el viento húmedo despejaba el olor a encierro. Estiró la mano para levantar el interruptor de las luces. Los tubos fluorescentes iluminaron la vereda. Disfrutó un par de pitadas más y con dedos expertos disparó el cigarrillo al medio de la calle. Pasó la moto de la pizzería haciendo un ruido infernal. El pibe lo reconoció y levantó la mano. Un saludo nervioso, insistente. Sonrió y respondió al saludo, luego adivinó que el chico señalaba algo. Giró y el padre ya no estaba en la silla. Un bulto sin forma asomaba entre dos cajas de cartón.

Vio la camilla libre y se apuró a ponerle las manos encima. El chofer y el enfermero contaron un dos tres, alzaron al padre y lo depositaron sobre la colchoneta angosta, indiferentes a los chirridos del metal. El enfermero les dio a las ruedas torcidas el puntinazo preciso para enderezarlas, luego señaló el fondo y dijo que doblando a la izquierda hacía menos frío. Lito preguntó si tendrían que esperar mucho y el enfermero dijo ni idea, no te preocupes que enseguida los atienden, nosotros nos tenemos que ir. La pupila del ojo derecho del padre bizqueaba contra el lagrimal enrojecido. El párpado izquierdo guiñaba sin abrir ni cerrar del todo, igual que un mecanismo atascado. El chofer ya había arrancado el motor. Saludó a los gritos para que el padre oyera, chau Marcio, cuidado

con las enfermeras, y después, como disimulando una guarangada, miró a Lito, agravó la voz y dijo veinticuatro, la última vez que le tomé la presión tenía veinticuatro, dale esto a la doctora. Lito tomó el papel arrugado que le tendían por la ventanilla de la ambulancia, que ya daba marcha atrás. Ducho en los manejos del hospital, levantó la voz y gritó ustedes no se van a ninguna parte hasta que alguien se haga cargo de mi papá. A modo de respuesta el chofer dio tres bocinazos. Lito vio que el padre levantaba la ceja sobre el párpado indeciso. Al fondo del pasillo un delantal celeste gritó ya voy, ya voy. Trotaba hacia ellos con un brazo extendido y el pulgar en alto: la ambulancia podía partir. Lito la oyó girar, acelerar, perderse en la avenida. Avanzó al encuentro del delantal, pero a medio camino la camilla dejó de obedecerle. Al agacharse vio que las ruedas delanteras, de nuevo chuecas, patinaban en vez de girar. Imitó la maniobra del enfermero: se adelantó y les dio una patada. En el apuro, sin embargo, olvidó que el pasillo declinaba hacia el interior del edificio. Cargada y con envión la camilla ganó velocidad, y aunque Lito intentó contenerla echando el cuerpo hacia atrás ya era demasiado tarde: embistieron estrepitosamente a una camilla estacionada a la derecha. Sobre ella, ajeno al choque, un viejo flaco y canoso hablaba con un chico de unos once años, que instintivamente se aferró al abuelo impávido, para protegerlo o en busca de auxilio. Avergonzado, Lito pidió disculpas, pero el viejo no interrumpió su delirio. Le decía al chico hoy día los bolsillos de los pantalones son poco profundos,

ya no los hacen como antes. El chico asintió con una sonrisa pálida. El viejo, satisfecho, agregó nunca guardes monedas o llaves en esos pantalones modernos porque al sentarte se cae todo.

El delantal celeste ya los había alcanzado. Doctora, dijo él, mi papá está con la presión altísima, veinticuatro tiene. Alarmada, ella repitió ¿veinticuatro? Y lo ayudó tirando de la camilla. Sí, doctora, fue lo último que le tomaron, hace unos minutos. ¿Qué edad tiene su papá? Setenta y cuatro. ¿Cuándo empezó el ataque? Hará unas dos horas, entre que llamé, vinieron y llegamos. ¿Le dieron algo en la ambulancia?

Lito recordó el papel. No lo encontraba y empezó a transpirar, hasta que lo rescató del bolsillo trasero del pantalón. La doctora acortó el paso para leer las palabras garrapateadas, y aun así no se detenía del todo. Caminando a la par, Lito creyó que desconocía la quietud, que curaba, comía y dormía en constante movimiento. Hilachas azules colgaban de las mangas del delantal, al cuello le faltaban un par de botones. Levantó la mirada del papel, dijo ¿su papá ya tuvo antes? Antes, qué, doctora. Hipertensión, digo si ya lo trajeron con el mismo cuadro. Sí, varias veces este año, esta es la quinta, y me parece que cada vez más alta la tiene. Bueno, espéreme un momento que busquemos dónde ponerlo, si no me equivoco acaban de liberarse unas camas en intermedia. Gracias, doctora, ¿puedo dejarlo acá mientras empiezo con el trámite? Sí, póngalo a un costado, ya mando a alguien para que lo suba al segundo piso.

En esos pocos instantes al garete la camilla del padre había girado sobre sí misma y tapaba medio pasillo. Una vieja con caminador trató de esquivarla pero sin querer enganchó una pata con una rueda y arrastró la camilla hasta bloquear por completo el paso. Lito se apuró a liberar el atascamiento, dijo permítame, señora, y ella primero lo miró asustada, los ojos muy grandes, luego dijo gracias, joven, muchas gracias. Para sorpresa de Lito, lo tomó con fuerza de un brazo, lo obligó a bajar la cabeza y le dio un beso en la mejilla.

Lito arrimó la camilla a la pared y con un pie torció las ruedas rebeldes, esta vez para negarles el movimiento. Se quitó el sobretodo, lo extendió sobre el cuerpo inmóvil. Se pasó la mano por la huella húmeda del beso, los dedos se toparon con la comisura estirada. De dónde viene esta sonrisa, pensó, y decidió esperar un momento: quería asegurar que el padre no quedara olvidado. Metió las manos en los bolsillos del pantalón. Hacía casi tanto frío como en la dársena. Estornudó varias veces. El padre movía los labios y se inclinó sobre la voz débil: ¿Beto? No, papá, soy Lito. Más adelante se abrió la puerta de un ascensor, una enfermera los vio y se acercó. Hola, saludó, ¿este es el señor que tiene la presión por las nubes? Sí, dijo Lito, es mi papá, se llama Marcio. Entonces me lo llevo, sonrió la mujer. La camilla rodó hacia el ascensor y el padre insistía, ¿Beto? La voz aguda de la enfermera se perdía sobre el bochinche, usted se viene conmigo, Marcio, me lo llevo al segundo piso, ahora Beto tiene que hacer unos trámites.

Lito, yo soy Lito, gritó Lito, pero las puertas automáticas ya se cerraban.

Subió la escalera a los saltos. Al trote pasaba por las puertas de las habitaciones y espiaba en el interior de cada una. Lo encontró en la última, en el ángulo norte del edificio: tenía la frazada hasta el cuello, el sobretodo hacía un bulto a sus pies. Junto a la cama habían puesto una silla con apoyabrazos.

La otra cama de la habitación seguía desocupada. Después de esa única palabra repetida, el nombre del hermano ausente, el padre cerró los ojos y no volvió a hablar. Los labios escondieron los dientes amarillos, la cabeza buscó refugio contra el revoque. Le habían colocado una vía en el brazo derecho, un largo tubo transparente ascendía hasta una bolsa de plástico arrugado. Un segundo conducto aparecía bajo las sábanas, salía por un costado y terminaba en otra bolsa: un hilo delgado de orina recorría los pliegues buscando reposo.

Frente a la ventanilla de internaciones, justo cuando era su turno, vio pasar a la doctora. La llamó y hablaron un momento. Hay que esperar el parte, dijo ella, le dimos todo lo que podíamos darle y la presión bajó a diecinueve, hay que tener paciencia, ya irá bajando, ¿usted se va a quedar a acompañarlo? Sí, doctora, estoy solo, no hay nadie más. Ella lo miró como dudando si debía, si era prudente hablar más allá del protocolo, al fin dijo esta noche lo vamos a controlar seguido. Después de eso saludó y se fue.

Se sentó y escribió un mensaje de texto para Beto: con papá en el hospital, presión altísima, muy mal. Lo releyó, agregó abrazo y lo envió.

Alrededor, en la habitación sin ventanas, bajo luces pálidas, vio un crucifijo, carteles con instrucciones de evacuación, un biombo plegado junto a la pared. Oyó un chirrido familiar de ruedas y aluminio que se acercaba por el pasillo. Dos enfermeras traían un paciente para la cama libre. Lito reconoció primero al chico pálido, después al viejo canoso que hablaba de bolsillos y monedas. Las enfermeras lo pasaron de la camilla a la cama, lo ayudaron a desvestirse y conectaron la bolsa de suero. Recién entonces las enfermeras extendieron el biombo hasta más allá del pie de la cama, lo último que pudo ver fue al chico, que seguía el proceso con curiosidad. No pasaron cinco minutos y una mujer con un largo tapado rojo entró a la habitación. Lito la oyó decir saludá al abuelo que nos vamos. El nene dijo chau, abuelo, que duermas bien. Por el ruido de los tacos Lito adivinó que la mujer apenas se había acercado a la cama, que ya daba media vuelta y buscaba la salida, seguida de cerca por el chico. La vio asomarse al pasillo, impaciente, como esperando un colectivo que la llevara lejos. El chico, en cambio, miraba al abuelo y agitaba tres dedos rígidos y blancos: una pequeña garra asustada.

Lito estiró las piernas y la espalda. Nada mal: la vez anterior le habían puesto una banqueta, esta silla además de apoyabrazos tenía buen respaldo y asiento acolchado. De repente, mirando las manchas de humedad en el techo,

se preguntó si había cerrado con llave la casa y el taller. Lo único que falta es que entren y nos roben, pensó, y se sintió enfermo de rabia: seguro que alguien había presenciado la escena, y si había prestado atención sabría que la casa estaba sola, que ni siquiera hacía falta forzar la cerradura. Intentó volver sobre sus pasos: lo primero que había hecho al ver al padre en el piso fue tomarle el pulso, después lo acostó sobre unos retazos de tela a un metro de donde se había desplomado. Ahí todavía estaba consciente, aunque le costaba hablar con la lengua hinchada. Papá, había dicho, quedate quieto que llamo a emergencias. Fue a buscar el teléfono, y cuando regresó el padre ya había perdido el conocimiento. ¿Y después? Cincuenta minutos eternos en los que volvió a llamar y a tomarle el pulso, hasta que oyó la sirena, abrió el portón del garaje y corrió calle abajo sacudiendo los brazos y a los gritos, desesperado porque las luces seguían de largo. Tuvieron que dar marcha atrás, meter la ambulancia de culata por la entrada del taller. Alcanzó a cerrar el portón con llave, ahora lo recordaba, mientras el chofer y el enfermero se ocupaban del padre en la vereda. Suspiró. Pensándolo bien, no tocaba la puerta de calle desde ayer. Con tanto trabajo habían picado las sobras de anoche, tampoco había baldeado la vereda ni sacado la basura. Y mañana, recordó con un escalofrío, pasan a retirar una docena de cortinas antes del mediodía, el decorado para el salón de fiestas y el telón para el escenario de una escuela. Mañana es un día importante, es día de facturar. Si Beto no aparece van a quedar cuentas impagas, vamos a perder

clientes. Chasqueó la lengua, disgustado. Una desgracia. Las veces anteriores él había tenido que ocuparse de todo, Beto decía que los hospitales lo enfermaban. El padre le festejaba la ocurrencia, decía no te preocupes, Beto, que yo me arreglo solo, a ver si encima te contagiás algo. Una vez que le daban el alta al padre, Beto aparecía por el taller varios días seguidos y se lo llevaba a pasear, invitaba a comer afuera, hasta ayudaba con el reparto de las entregas. Una semana más tarde volvía a desaparecer, absorbido por los asuntos de su empresa.

Lito se incorporó, comprobó que el viejo seguía dormido y fue hasta el pasillo, que había quedado desierto. Necesitaba comer algo. La confitería estaba en el tercer piso. En el rellano de la escalera se topó con un hombre fumando, que al verlo subir escondió el cigarrillo detrás de la cintura. Lito lo miró de mala manera. Acaso tengo cara de policía, estaba por decirle, pero justo entonces sintió que el celular vibraba en el bolsillo de la camisa. Lo sacó y leyó el mensaje de Beto: en rato salgo luego.

Después de comer una porción de pascualina con una gaseosa regresó a la sala. Habían apagado las luces. Se sentó en la silla sin quitarse el sobretodo. A punto de caer dormido pensó que el sueño fácil nacía de la resignación antes que del cansancio. No le molestaba que el fin del padre lo incluyera a él. Y si el fin no era la muerte sino el olvido de los pocos sueños que resistían, qué más daba. La respiración lenta y los cordones flojos, cayó en un sopor profundo.

No supo cuánto tiempo había dormido, pero despertó sobresaltado. Desde otra habitación, pasillo abajo, llegaba un alarido lento y repetitivo. Pero no lo había despertado el dolor ajeno sino la risa cercana. Aguardó un momento a que el sueño terminara, porque se parecía a un sueño, pero no, era el padre, Marcio, que reía la risa llena de quien oye un chiste en buena compañía. Papá, nos van a echar, pidió Lito, la voz pastosa.

Lejos de calmarse, el padre disparó una salva de risotadas. La voz se le deshizo en vocales que se estiraban hasta diluirse. Hubo un silencio que duró varios minutos, y cuando Lito ya sentía la flojedad en los músculos, listos para volver a hundirse en el sueño, la risa regresó acompañada por palabras que explicaban la alegría: basta, Beto, por favor te pido. Una nota aguda, de globo que se desinflaba, seguida por un ruego: Beto, que me hago pis.

Lito los imaginó sentados a la mesa, uno junto al otro, el dúo cómico que divertía a propios y extraños. Como tantas veces antes, recogía las migajas de un banquete al que no lo habían invitado. Dijo, y la voz vibró enojada, terminala, papá, vas a despertar a todo el mundo. Pero no hubo caso, la risa ganó fuerza, el cuerpo delgado se sacudió al ritmo creciente de la alegría. Gimieron los resortes, cables y tubos chocaron contra la baranda metálica.

Quiso susurrar pero le salió un gruñido: papá, carajo, cortala.

Entonces una voz vecina, del otro lado del biombo, preguntó: ¿vos sos Beto? Era el viejo de los bolsillos y las

monedas. Sonaba atento, no como antes en la guardia. Obligado a distanciarse del hermano, Lito se disculpó por la conducta del padre. Eran esos dos, y no él, los que andaban de parranda. Yo soy Lito, Beto es mi hermano menor.

Ah, dijo el viejo, ¿llegó tu hermano?

A eso de las tres y media un enfermero vino a tomarle la presión. Sin querer le pateó los pies a Lito. Perdón, dijo, no lo vi. No te preocupes, dijo Lito, si estoy despierto. ¿Cómo se llama el señor, que anda tan divertido? Marcio, es mi papá. A ver, Marcio, dese vuelta un poquito, présteme el otro brazo. Y el padre, inquieto, ¿Beto, sos vos? No, yo me llamo Julio, vamos a hacerle un control.

Julio tenía una vincha con una linterna de bicicleta atada a la frente. Echó una mirada a la sonda, a la bolsa que empezaba a llenarse de orina. La luz violácea inundó de sombras el rincón. Lito vio al enfermero acomodarse el elástico sobre las orejas con una mano mientras la otra pulsaba el pomo de goma. El brazalet se infló, y el padre, muerto de risa, dijo no, Beto, cosquillas no. Julio apuntó la linterna al medidor. Sacudió la cabeza y dijo diecinueve, todavía está muy alta, tendríamos que pasarlo a intensiva, lástima que no hay lugar. De fondo, las risas redoblaban y Lito sintió fría la garganta, pesados los intestinos. Julio buscó en el bolsillo un papel con instrucciones, miró el reloj. Sí, dijo, ya es hora de una nueva dosis, voy a buscar la ampolleta y vuelvo, ¿está bien?

La mancha de luz se deslizó por el techo hasta la puerta. Lito se levantó de la silla para tapar al padre con la sábana, pero una mano áspera cazó la suya al vuelo y apretó fuerte. Beto, quedate. Tranquilo, papá, acá estoy. No volvió a corregirlo. El apretón dolía, era bueno de verdad. No te preocupes que no me voy. Qué me pasa, Beto, qué me hicieron. El dolor le había seguido los pasos hasta ese lugar secreto donde todo era fiesta. Lito habló por el hermano, sin querer imitó el gangoseo sobrador, dijo vas a ponerte bien, nos vamos a ir de joda por ahí. ¿Y Lito, dónde está?, preguntó el padre, le acarició la cabeza con la mano libre. ¿Está bien, Lito, está contento? Lito sintió el tubo de plástico que le rozaba la nariz y los pómulos, dijo Lito tenía hambre, lo mandé a comer algo. El padre aflojó la presión de los dedos pero igual no lo soltó. Eso es bueno, que coma, está flaco Lito. El dolor se había ido pero el tono era de preocupación. Yo le digo que coma, trabaja mucho y está flaco como una escoba. Suspiró y regresó al tono dolido de antes. Quedate, Beto, dijo, y repitió, cada vez más suave, quedate, quedate, quedate.

Lito dejó que el tubo se encauzara sobre su frente, del entrecejo hasta el mentón. No se animaba a moverse por miedo a alterar la tregua. Empujó la baranda hacia atrás, de a poco se arrodilló junto a la cama, apoyó la cabeza sobre el colchón, a centímetros de donde descansaba la mano derecha del padre. Las dos manos izquierdas seguían entrelazadas. Cerró los ojos a la incomodidad de los miembros, a la extrañeza de esa cercanía desacostumbrada. Se durmió en una nube de olores viejos.

En eso sintió que le tocaban el hombro. La claridad azulada lo encandiló: era Julio, con vincha y linterna, que traía una de esas cajas plásticas de herramientas. Soltó el seguro, abrió la tapa, y ahí estaba la jeringa llena de líquido ambarino. Perdón, dijo, me atrasé, en el camino un doctor me pidió que lo ayudara. Pensé que te habías olvidado, dijo Lito, ayudándose con manos y codos para levantarse. Las rodillas no lo sostenían. Cómo voy a olvidarme, lo que pasa es que estoy solo en el piso. Julio conectó la jeringa a la línea endovenosa, volvió a ajustar el brazalete al brazo izquierdo del padre para tomar la presión. La voz del padre se afirmó, dijo Beto, dónde estás. Acá estoy, papá. El enfermero lo miró, dijo menos mal que estás vos, ¿no tenés hermanos? Lito se encogió de hombros. Acercó la silla y se sentó, buscó el brazo del padre y le acarició el codo. De todas maneras el hombre de la vincha ya no le prestaba atención: se había calzado el estetoscopio y escuchaba, el ceño arrugado, el rumor de los ríos caudalosos que surcaban al padre.

Lo despertaron voces urgentes y ahogadas. Un ardor tras los párpados caídos: habían encendido las luces. Entreabrió los ojos, y a través de las pestañas vio las espaldas de la doctora y del enfermero, agachados sobre el padre. Detrás del biombo, a su derecha, el silencio. Julio alentaba, urgente:

–Vamos, Marcio, vamos.

Y se dejaba caer sobre el pecho vencido, una y otra vez, en sincronía con la doctora, que aspiraba y resoplaba.

Se enderezó en la silla. Perdió la cuenta del tiempo, de las veces que Julio y la doctora repitieron los movimientos. Al final, sin mediar palabra, los dos delantales se irguieron, se apartaron de la cama.

Con esfuerzo Lito se incorporó, se paró tras ellos. Por el claro entre los dos cuerpos vio una parte del padre. La doctora lo oyó moverse. Se dio vuelta, dijo simplemente:

–Lo siento mucho.

Agitada, la cara enrojecida, apenas pudo entenderla. La vio juntar aire:

–Le hicimos un control hace una hora y la presión ya había bajado, estaba fuera de peligro. Julio vino recién y lo encontró en pleno paro cardiorrespiratorio.

Lito no respondió. Todavía no podía mirar la cara del padre. Con la mano derecha empezó a masajearse los músculos tibios, sintió un hormigueo en las yemas de los dedos. Tragó saliva antes de hablar:

–Anoche pensé...

Anoche ya no importaba. La mirada se le cayó al piso. La doctora y Julio lo tomaron de los brazos, uno a cada lado. Logró tranquilizarse un poco, dijo:

–Mire que lo tenía bien cuidado. Vivíamos juntos.

Al escucharse dudó: dicho de esa manera, parecía que los dos habían muerto. Siguió:

–Tenemos un taller de cortinas desde tiempos del abuelo. La mayor parte del tiempo papá trabajaba sentado pero yo lo hacía caminar, le controlaba la comida y los remedios. Había que mantenerlo activo porque si se acordaba de mamá se deprimía...

La doctora oyó la queja escondida. Estaba acostumbrada a tratar con familiares, a las explicaciones que reclamaban justicia. Como si los diagnósticos fueran condenas que podían atenuarse según los antecedentes, la conducta previa. Llegados a ese punto, la veían como juez antes que médica. Le dio tirones a una hilacha rebelde con los dedos finos, por fin logró arrancarla pero no la tiró al suelo, la guardó en un bolsillo. Lito se sorprendió echándole una ojeada al biombo. Seguramente el viejo en la otra cama se había despertado con el movimiento.

Vio que la doctora se enderezaba. Resonó un crujido de vértebras bajo presión constante. Lo tuteó por primera vez:

–Estoy segura que hiciste lo mejor posible. Si tu papá aguantó los golpes hasta ahora fue porque vos lo cuidabas. Pero el cuerpo hace cosas por cuenta propia, y al fin no hay manera de convencerlo...

En eso apareció una figura en la puerta de la habitación. Lito se puso de pie. El otro entendió la escena de un vistazo, se llevó las manos a la cara y sus hombros empezaron a sacudirse sin control. Lito fue a su encuentro y lo abrazó. El otro decía cosas en voz baja, Lito asentía y le daba palmadas en un hombro. Se acercaron a la cama con pasos torpes.

Lito presentó al recién llegado:

–Este es mi hermano Beto, viene de Mar del Plata.

La doctora vio las ojeras. Peinado, de buen color, perfumado, parecía recién salido de la ducha. Sólo el abrazo lo hermanaba con el otro, el que había dormido

en la silla, envuelto en su triste capote. Eso, y la mirada perdida. Repitió:

–Lo siento mucho –y luego–, perdón, tengo que terminar mi ronda, los dejo con Julio. Cualquier cosa que necesiten después podemos hablar.

Lito la vio asomarse del otro lado del biombo. Parecía que el viejo le hacía señas. Oyeron voces que susurraban, y luego la vieron abandonar la habitación. Los pies ligeros apenas tocaban las baldosas.

Entró otro enfermero, empujando una camilla. Julio miró a los dos hermanos, dijo:

–Déjennos llevarlo a otra sala, si quieren pueden quedarse un rato ahí.

Pudieron verle las facciones antes de que lo cubrieran con una sábana. Dos dientes asomaban por la boca entreabierta. Las fosas nasales parecían más grandes, más negras. Un, dos, tres, susurró Julio. La camilla empezó a moverse. Beto hizo ademán de seguirla, pero Lito no se movió. Le temblaban las piernas, de los tobillos a las nalgas.

–Vuelvo al taller –dijo.

Como Beto parecía no entender, explicó:

–En un rato vienen a retirar varios pedidos, y todavía tengo que preparar algunas cosas. Por favor ocupate del trámite. Después, si todavía no tenés que volver con tu familia, vení a casa, así comemos juntos y hablamos. Disculpame pero no doy más.

Se le vino el silencio encima: el del taller, el de la radio con la música de siempre, el de las tardes a café y galletitas.

Sólo para él, para nadie más. El futuro era un ruido de máquinas. Sacó del interior del sobretodo los documentos del padre, se los entregó al hermano. Beto se sentó en la silla, los miró uno por uno. Sacudió la cabeza, apretó los labios. Guardó todo en la campera, dijo:

–¿Cómo pasó la noche el viejo? ¿Sufrió mucho?

Lito respiró profundo. Miró la cama vacía.

–No, no sufrió –dijo, y se pasó la lengua por las encías hasta encontrar lo que quería decir–. Estuvo bien. Estuvo conmigo.

EL FIN DE LA ESPERA

Sambo deja atrás el frío de la madrugada y entra en el monoblock. Evita los ascensores, sube las escaleras hasta el cuarto piso, busca en el pasillo el departamento D. Una vez adentro baja las persianas, enciende la luz de la cocina. El alquiler, las expensas, los servicios: dos meses pagos, por adelantado. Ropa en los armarios, comida en la heladera. Guarda el bolso con los billetes en el ropero de la habitación. Quiere darse una ducha, pero lo piensa mejor y se mete en la cama.

Sueña con el padre que hace más de tres décadas le enseñó el oficio. Sentado en una banqueta, el viejo se inclina sobre la mesa que ocupa casi la totalidad de la piecita que usa como taller de cerrajería. El aire huele a solvente y a transpiración. Sambo se da ánimos, infla de orgullo la voz, dice: mire, papá, qué belleza. Despliega un abanico de billetes, pero cuando se mira las manos las encuentra vacías. El padre mira esa nada sólo por un instante, y después vuelve a hurgar en el tarro de dulce de batata repleto de llaves. Sambo empieza a sentir vergüenza, pero ya es tarde para cambiar de idea y le habla a la sombra indiferente:

–Ni se dieron cuenta, papá, las alarmas no sonaron. Repartimos la plata y nos mandamos a guardar un par de semanas, cada uno por su lado. Cuando el jefe arregle

con la policía, recién ahí nos juntamos y salimos del país. El escape perfecto, papá, después del trabajo perfecto, ¿qué le parece?

El padre no escucha. Desdobra una franela, le saca lustre a un candado. Sambo lo mira con odio. Del viejo de porquería no guarda más que reproches y cicatrices.

Cuando despierta no sabe dónde está, pero la suavidad de las sábanas lo tranquiliza. Busca en la oscuridad el cable del velador. A la luz amarilla revive el boquete, los ecos de la bóveda, la nube de polvo, la respiración de los otros mientras él prueba una, dos, tres combinaciones. El fin de la espera, la felicidad apilada en fajos iguales. El miedo insuperable a que un grito, una sirena, un disparo, interrumpa el sagrado placer de quedarse con lo ajeno.

Sentado en la cama oye una música que cree haber oído antes, entre sueños. La melodía brota de la pared a su derecha. Gira la cabeza y ve la mancha de humedad, un círculo amarillo y descascarado sobre la almohada. La noche anterior, al cruzar la calle, vio manchas parecidas al subir las escaleras. Son las nueve de la mañana. Va descalzo a la cocina, pone a calentar la pava, abre un paquete de bizcochos. Allí, junto a las llamas azules, la música suena más fuerte, más cercana, más triste.

Recién al mediodía, perdido en las imágenes lluviosas de la televisión, Sambo logra apartar la pesadumbre del sueño, el recuerdo del último trabajo. Se da cuenta entonces de lo obvio: lo que suena detrás de la pared es un piano. Retrocede hasta la adolescencia, a la primera

noche en la que acompañó al padre. Una casa antigua, de altos y bajos. Los dueños andaban de vacaciones. Al viejo le habían soplado que la caja fuerte estaba en el vestidor de la planta baja. Entraron sin problemas, la caja estaba en el lugar indicado. El padre, que se ponía nervioso si alguien lo miraba trabajar, lo mandó al piso de arriba, a ver qué encontraba. Los escalones, el piso, la casa entera crujía. Sambo, a oscuras, recorrió las habitaciones, el escritorio, la amplia biblioteca. Contra una pared descansaba un extraño mueble de madera rojiza. Lo recorrió con las yemas de los dedos, descubrió una tapa ancha, delgada, y al levantarla encontró una perfecta dentadura blanquinegra. Paladeó el nombre extranjero: Bechstein. Acercó la cara al marfil y hundió, con delicadeza, un diente blanco. Y otra, y otra vez, asombrado más allá del susto.

Desde atrás, furioso:

–Ya veo cómo me ayudás vos, pendejo.

Una tormenta de golpes y maldiciones se desató sobre la cabeza de Sambo:

–La caja estaba vacía, pendejo, vos sos yeta. Dale, gritá, gritá que te mato y te dejo acá mismo.

Sambo soportó la lluvia en silencio, grabó la nota robada en un rincón de la memoria.

Sambo anda por la vida cargando una inteligencia incolora. Por la tarde del primer día de encierro reconoce los sonidos aledaños: pasos cortos, tos fumadora, un azar de golpes y roces, madera contra madera. Une las

señales dispersas, interpreta la suavidad de los dedos, el cariño en los silencios, y se dice que el piano lo toca una mujer. Por la noche, al desvestirse, ya sabe que la mujer toca y vuelve a tocar la misma canción, y que siempre, sin falta, trastabilla en el último peldaño de una larga escala ascendente.

Saca la basura después de medianoche. Inspecciona el cesto común, vacío, y confirma que los otros departamentos del piso están deshabitados. Sólo da señales de vida la mujer del C, la vecina que toca el piano. La sueña, la dibuja en ese pedazo de humedad, duerme con su imagen borrosa en la cama desarreglada.

Las persianas siempre bajas, a Sambo le sobran el sueño y la comida. Extraña el cielo, el viento, el ejercicio. Practica la paciencia del carnívoro: ahorra la furia, duerme en el borde del sueño. No busca a cada rato, en el celular, el mensaje liberador del jefe, la autorización para abandonar el refugio. Cuando llegue el aviso, ni un minuto antes, limpiará todo y se irá. Pero la música lo tranquiliza: anula el paso de las horas, enciende el aire y los recuerdos. Al cabo de la primera semana, Sambo aguarda las señales: el eco de los tacones sobre el parqué, el chirrido del banco que se aparta la distancia justa, el golpe seco de la tapa que se abre. Las señales se encadenan y Sambo baja el volumen del televisor, cuenta los acordes iniciales, sufre la escala fallida, y así olvida el encierro, la bóveda, los billetes, los sueños.

La tarde del octavo, no, del noveno día, el ascensor se detiene por primera vez en el cuarto piso. Sambo se apura hasta la puerta, ve por la mirilla a un hombre que trae bolsas de supermercado. El hombre tiene su propia llave. Sambo regresa a la habitación, se arrodilla sobre la cama, apoya una oreja contra la mancha húmeda. Una conversación incomprensible, y luego, la explosión del cristal, una silla que se desploma, el golpe de la carne contra la carne. Gritos, insultos, y por fin, flotando en el silencio, gemidos, jadeos, un crujido de resortes.

Para engañar al silencio que se extiende, a los sueños que se abalanzan, Sambo recuenta el botín. Guarda en la memoria los números de serie de varios billetes: al verlos pasar, sonrío. Más tarde, cuando el piano vuelve a sonar, abandona el juego.

El decimotercer día, a media mañana, suena el timbre del departamento D. Sambo apaga las luces, camina en puntas de pie hasta la puerta. Ronca, femenina, una voz pide ayuda. Sambo no responde, pero la mujer insiste, se quiebra en llanto agudo:

–Por favor, venga que me muero.

El embrujo hace efecto, la mano busca el picaporte. Buena figura, alta, sólida, a Sambo le basta un segundo para entender, o para creer que entiende, el error que ella repite, meticulosamente, cada vez que se sienta al piano: la mujer es ciega. Con el alivio de reconocerse anónimo se deja llevar. Cruza el umbral del otro departamento y titubea: se encuentra en medio de un basural hediondo,

entre cenizas, envoltorios arrugados y cáscaras de frutas. En las ventanas turbias el hollín se mezcla con el aliento aceitoso de mil churrascos. Las paredes amarillas, descascaradas, fueron presa del húmedo sarampión que empieza a contagiar también a su propio refugio.

La mujer, pálida del susto, dice que hay una rata en su pieza.

–La oigo corretear, los chillidos no me dejan dormir.

Ridículo, feliz, Sambo le ordena a la mujer: esperame acá. En la cocina encuentra una escoba y una pala, y así armado se dirige al dormitorio, cierra tras él la puerta que da al living. Ella, acostumbrada a obedecer, ya se sentó frente al piano, inmutable a golpes y chillidos. Las manos traslúcidas acarician las tablas de la falda a cuadros.

Poco después él abre la puerta, la tarea terminada, y ve a la mujer pisar un cigarrillo, inclinarse sobre el piano. Envuelto en humo, Sambo mira alrededor, busca algo que le indique cómo seguir. Al final dice:

–Siempre te escucho, tocás lindo.

Ella sonrío, aunque tal vez sólo sea una idea de Sambo, que vuelve a empuñar la escoba y se dedica a juntar los papeles sueltos, la pelusa, las colillas, los restos de comida reseca. En el lavadero encuentra detergente y trapo de piso. No se explica el impulso frenético por limpiarlo todo, pero tampoco lo resiste. Se pregunta si habrá un cepillo para limpiar las ventanas, experimenta una curiosa alegría al encontrarlo. Al rato, una nueva claridad inunda el departamento. Sambo mira el horizonte, la calle, los árboles. La mujer ensaya la canción una y otra vez. Sambo

diría, aunque tal vez sea una ilusión, que toca cada vez más rápido. Y al final, siempre el mismo traspie. Los dedos son colibríes que apenas posados echan alas, y sin embargo tanta pericia no basta para alcanzar la cima. Sambo piensa en llaves torcidas, en combinaciones incompletas. Su inteligencia da un salto: la ceguera de la mujer es reciente, la oscuridad repentina justifica la mugre, el abandono cercano a la locura.

La casa reluce. Sambo, agotado, avisa que ya terminó. Desde alguna otra conversación ella dice:

–Te preparo un café.

Va a la cocina y él la sigue. Estudia los movimientos torpes, las manos que se impulsan sin memoria ni distancia, las salpicaduras, el café y el azúcar que llueven sobre la mesada. Sambo pregunta:

–¿Hace mucho que sos ciega?

Como quien se disculpa por haber perdido una moneda, o un botón, ella dice:

–No me acuerdo.

Sambo bebe el café en un par de sorbos, agradece y se marcha. Camino a su departamento pasa por el cesto común, arroja la bolsa con los desperdicios y la rata muerta. Al tiempo que abre la puerta al aire con olor a él, escucha un repiqueteo de tacones, el banco que se aparta la distancia justa, el golpe seco de la tapa.

A la mañana siguiente, tras una noche de sueño profundo, Sambo mordisquea galletitas con mermelada. Ceba mate, mira sin ver el noticiero en la televisión muda. La fórmica

de la mesa tiembla una, dos, tres veces. Sambo se limpia la boca, lee en el celular que brilla junto al termo: *todo ok mediodía Liniers*.

Borra el mensaje. El jefe ya arregló. Liniers significa dejar el país por Salta o por Jujuy. Se sirve el último mate. Después lava los platos sucios, pasa un trapo por marcos y picaportes, busca el bolso en el ropero, envuelve los fajos en una bolsa de consorcio, apila sobre el paquete una muda de ropa. Se pone pantalón, medias, zapatillas. Mira el reloj: faltan dos horas para el mediodía.

Entonces advierte la claridad, el eco del propio pensamiento. A los sueños, al despertar, al desayuno, por primera vez les falta el acompañamiento musical. Vuelve a la habitación, apoya la oreja en el centro de la mancha amarilla.

Termina de revisar el baño. Siente un apuro que no le es familiar. Adivina lo que pasa y lo que va a pasar después. Robar un billete, una frazada, un anillo: nada de eso tiene importancia, pero el silencio a sus espaldas lo enoja. Se sienta a esperar y los minutos se alargan, se pegan a las cosas: ya no vuelan como antes. Al final se cuelga el bolso al hombro, sale del departamento y cierra con llave. Camina dos pasos, toca el timbre del C. Pasos lentos, pesados, de hombre. Sambo vuelve a unir las señales, decide que ya no será más un fantasma. Cierra los puños, flexiona las rodillas, espera en puntas de pie.

Una voz gruesa pregunta:

-¿Quién es?

Sambo dice:

–El encargado.

Apenas abre y la patada de Sambo sale disparada contra la cerradura, así que la puerta retrocede en un latigazo hacia la oscuridad del departamento y golpea al hombre en la cabeza. Sambo cruza el umbral, huele la mugre que vuelve a juntarse, y antes de que el hombre reaccione lo pateo entre las piernas, en el estómago, en la boca, le pisa la cabeza mientras cierra la puerta con suavidad y dice, la voz calma pero filosa:

–Mirame y te mato.

Recién entonces apoya el bolso en el suelo. El otro gimotea, o tal vez sea el soplido que se escurre por la nariz rota. Entonces Sambo ve a la pianista que viene desde la cocina a paso renco, la cara cubierta de moretones, una cicatriz fresca en el cuello. Ella se detiene junto al piano, levanta la mano como quien espera un castigo. Sambo se le acerca, aparta la banqueta y la ayuda a sentarse. Luego se sienta junto a ella y la deja recostarse contra él, la sostiene por la cintura, acompaña la respiración entrecortada. Las persianas están bajas pero la oscuridad no es excusa. Sambo sigue el vuelo de alas rotas, lastimadas, hasta el ascenso final de la larga escala, en cada intento más suave la melodía, más lento el ritmo, y en cada intento, justo antes del final, Sambo toma con su mano izquierda la mano derecha de la pianista, interrumpe el último peldaño de la progresión, y toca, él, sin dudarle, con el dedo índice libre, aquella nota que se robó, hace tantos años, en su primer trabajo.

MARTÍN ANDRÉS HAIN

Martín Andrés Hain nació en 1968 en la ciudad de Buenos Aires. Publicó los libros de cuentos *Ascenso y caída de un descubridor de talentos* (Ed. Tantalia, 2007), *Tres caminos a la playa* (Bajo la luna, 2014), y próximamente se publicará su primera novela, *La limpieza* (Bajo la luna); con estos dos últimos títulos, en el 2013 y el 2014 respectivamente, obtuvo el primer premio del Fondo Nacional de las Artes.

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Anna Magnani y otros cuentos / narrativa
Patricia Suárez

El circo nunca muere / narrativa
Gabriel Báñez

Los zapatos del ahorcado / narrativa
Virginia Ducler

La observación / narrativa
Marcelo Cohen

Maltratado de Crítica / poesía
David Wapner

De las Indias con amor / narrativa
Natalia Reynoso Renzi

Sobre mi mesa más limpia / poesía
José A. González

Molgo Raf / narrativa
Alejandro Dato

Descargalos en
www.edicionesrevolver.com

ÍNDICE

Créditos	3
Mi amigo Luis	5
De la felicidad que trae consigo	18
Bolsillos	30
El fin de la espera	50
Martín Andrés Hain	59
Otros títulos publicados	60